

1824, primer Jefe del Estado: gobernó en paz y en justicia: respetó e hizo respetar las garantías individuales y políticas de los Costarricenses, siendo fiel al régimen de las instituciones federales de la República. Sin seducciones y sin amenazas, los pueblos agradecidos lo eligieron por segunda vez, Jefe del Estado: continuó su gobierno bajo los auspicios de la legalidad y de la democracia; y cuando terminó su período quisieron sus conciudadanos elevarlo, por tercera vez, al Poder; pero la Constitución se oponía a su deseo, y Mora no era hombre para aceptar nada que fuese anticonstitucional. (*Aplausos*). Dejó, pues, la envidiada silla presidencial, no para ir al destierro o al patíbulo como acontece a muchos de los tiranos, salteadores de presidencias; (*Grandes aplausos*) sino para ir a su honrado y modesto hogar, llevando la conciencia tranquila, y con los testimonios de la gratitud pública, y con las augustas bendiciones de los pueblos. (*Prolongados aplausos*).

Más tarde Mora tuvo el inmenso dolor de ver a la República Federal despedazada, arrojada a los abismos de una completa desorganización, debido a las estúpidas y criminales revoluciones a que se lanzara la reacción liberticida, reacción que tenía el maridaje infame de los dos elementos más tenebrosos y adversos del progreso y la felicidad de los pueblos: la superstición que embrutece, y el privilegio que anula el derecho. Y cuando Mora vió espectáculo tan triste, a la República en ruinas, no buscó el éxito, no se afilió a las turbas de las mayorías triunfadoras. Todo lo contrario: se puso de parte y hasta fué Vice-Jefe de aquel gran batallador, de aquel héroe de cien combates, que nunca quiso la dictadura por querer siempre la libertad de los pueblos; que nunca quiso, como separatista, ser amo y Señor de un miserable *cacicazgo*, por querer siempre la gran Patria que alumbrara el Sol de Septiembre de nuestra Independencia; de (*Aplausos*) aquel abnegado Republico, del inmortal Morazán, que ha sido, es y será, así en nuestros días de derrota, como en nuestros días de triunfo, la inspiración viva y radiante de los hombres libres que se asientan en este grande y hermoso Istmo de América (*Aplausos*). ¡Mora, Morazán! Personificación el primero de la acrisolada moralidad política; genio el segundo de las batallas y de las excepcionales visiones republicanas. ¡Mora, Morazán! Si los débiles ecos de los vivos llegan a dilatarse, a través de las tumbas, y a impresionar y a commover el espíritu de los que fueron, regocijaos. Tu pueblo honrado y laborioso hoy glorifica tus virtudes, Ilustre Mora; y allá en mi

amado pueblo, en Tegucigalpa, mi nido de águilas, Morazán vive en el pensamiento y en el corazón de todos los libres, y sus glorias están inmortalizadas en los blancos mármoles de Carrara y en los eternos bronce! (*Grandes y prolongados aplausos*).

Si queréis que os ponga de relieve lo que fué la moralidad política de Mora, recordad conmigo algunos de sus rasgos más geniales. Decía a sus conciudadanos cuando esperaba alguna perturbación en el Estado. «No seáis sencillos; si queréis revolución, avisadme para dejar el poder, y así con-

Esa vida fecunda en bienes para sus compatriotas; esa existencia gastada por los continuos trabajos de la inteligencia;—esa consagración sin límites por el bien público; que le llevó a ser desde pobre mercader a dignísimo representante de un pueblo en los Congresos de la Federación y en las Asambleas Nacionales;—desde humilde maestro de escuela a excelso Jefe de la patria que tanto amaba;—desde simple Secretario de una Municipalidad hasta venerable Regente de la Corte Suprema de Justicia; tantos generosos servicios bien merecen un tributo eterno de gratitud de sus conciudadanos,—de todos los hombres que aman la virtud, la constancia, el patriotismo y ese genio patriarcal, que eleva a los seres previlegiados sobre el torbellino de las sociedades.

(*El Eco de Irazú*, 16, XII, 1854 Necrología de don Juan Mora).

cluirá todo sin necesidad de lágrimas y sangre». Y anticipando el noble ejemplo del gran Rey de los Belgas, con su sincero desprendimiento, con este pararrayo del patriotismo hacía impotente la electricidad de la atmósfera revolucionaria, e impedía el estallido de crueles y devastadoras revoluciones! Dió un famoso decreto reduciendo a número insignificante la guardia de su persona, y de hecho, llegó, en absoluto, a no tenerla. Como se le preguntara, por qué procedía de esta suerte, respondía: «Yo no necesito de guardia: mi guardia debe estar en el amor y en la moralidad de los pueblos». Qué magníficas, qué sublimes palabras, dignas de que las grabéis, por doquiera, en bronce impecederos! (*Aplausos*).

Por fin, no siendo ya Jefe del Estado, sino Magistrado íntegro de la Corte de Justicia, tratóse de imponer injusto destierro a los señores, mi querido e ilustre amigo, Doctor Castro, y General Flores, ecuatoriano, cuyos nombres son ya del dominio de la

Historia. Mora protestó enérgicamente contra el atentado, y fué tal su energía, que la protesta fué atendida. Entonces de los labios del General Flores salieron estas palabras memorables: —«Este hombre es un Catón en defensa de las garantías individuales». Qué honrosísimo juicio, y más pronunciado por Flores, por el guerrero de la independencia sudamericana, por el amigo de Bolívar, y más tarde, por su mal, el desgraciado protegido de los Borbones para restablecer la maldecida monarquía en América. (*Prolongados aplausos*).

He acabado de presentaros la figura simpática de Mora en su bella y republicana sencillez. No olvidéis que si su nombre y sus hechos, a despecho de los tiempos han llegado hasta nosotros, ha sido porque obedeció a la fecunda inspiración de la moralidad política, que significa: probidad en la gestión de los negocios públicos, fe en la libertad, amor a la justicia, y respeto profundo a los derechos del hombre y del ciudadano. El primer Jefe de Costa Rica, que en vida mereció el honrosísimo título de Benemérito de la Patria, después de sus días, y casi, a través de un siglo, os da una grande enseñanza: *Moralidad política*. Grabadla en vuestra mente y en vuestro corazón, y modelad por su ejemplo todos vuestros actos, para que este querido pedazo de tierra centroamericana sea, en lo porvenir, la tierra clásica del trabajo, de la honradez, del derecho y de la hermosa libertad; para que en ella, ni por la fuerza de los despotismos, ni por la fuerza de las revoluciones, nunca sobrevengan desventuras públicas que hagan derramar lágrimas y sangre; y para que en ella se asegure, por el acatamiento al derecho, la inmortalidad del nombre de un gran pueblo, como asegurada está, por sus virtudes insignes, la inmortalidad del nombre de Juan Mora, nombre que, mientras Costa Rica sea, será blasón y orgullo de sus nobles hijos! (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

*Llamado el orador, repetidas veces, y con entusiastas aplausos, se presentó de nuevo en la tribuna, y dió las gracias con las palabras que siguen:*

Señores:

Gracias por vuestra benevolencia; mil y mil gracias por vuestros aplausos que estoy muy lejos de merecer. Desde esta noche, que nunca olvidaré, sé que tengo en vosotros un público amigo, generoso. Yo trataré de corresponderos. Si vuelvo a ocupar esta tribuna os diré muchas cosas del alma que, en algo, satisfagan a vuestras ideas y a vuestro corazón. (*Aplausos*). Pero si queréis ser todavía más galantes, ni un aplauso más para mí: os pido,